

Cuando tengas noción de la Nación...

Por Geovanny Pozo, Máster en Comunicación y Ciencias Políticas, investigador de la Universidad Complutense de Madrid

Tomaba un café, esperaba que Jota llegara al lugar del encuentro. Al fondo, la Cibeles y las luces nocturnas, daban un espectáculo de danza y agua. Esperaba ver a Jota vestido como lo conocí en Ecuador, grandes pantalones, actitud desafiante y las cuentas en su cuello, doradas y negras, los colores de la nación.

Cuando me percaté que el avión empezaba a despegar, mis ojos ya habían aterrizado en cada recuerdo que me arrancaba esta huída, mi rostro cubierto de lágrimas, no quería despedirse de esas caricias que se perdían entre el dolor, los lamentos de los míos que se aferraban a unas mallas que jamás entenderán por que la gente se va.

Mi corazón tenía más peso que esas maletas cómplices de mis sueños. Cada kilo llevaba una insignia, formar una nueva vida allá en un país que ni siquiera distinguía bien en el mapa. Mi destino era el barrio La Latina, lugar donde mi madre vivía con otros tres compatriotas. Me contaba ella, entre sollozos, que Madrid me gustaría, que yo me adaptaría rápido, que era un sitio agradable, lleno de vida.

Jota lanza un suspiro que no lo puede frenar el viento y con las manos juntas dice que quizás lo que ella olvidó es que necesitaba a sus amigos, su centro, su vida. 14 años de ilusión, un futuro construido con sus manos y con las de sus propias decisiones.

Las decepciones no tardaron en llegar, el Insti (colegio) era una pesadilla diaria. La gente me miraba como si les fuera a quitar algo, no me dejaban concentrar; yo intentaba hacer las cosas bien pero no podía con todo. Fijamente busca con su mirada en la gente que pasa una respuesta a su incógnita, ¿Cómo creen que uno puede asistir a un lugar donde no lo quieren, donde no me dejan ser lo que soy?

Por esas razones es que yo, así como muchos dejamos el colegio, peleamos con nuestros padres. Sabes, mi mamá siempre se culpaba y me repetía que no tenía que dejarme vencer tan rápido, que debía luchar, pero yo no tenía ni ganas de vivir, solo el regresar sería la puerta que me devuelva todo lo que alguna vez me fue quitado, pensaba.

Me tuve que ir de casa, las amistades de mi madre decían Jota tienes que madurar. Ni siquiera se si ellos eran maduros. Pero mi decisión fue esa y no me arrepiento de nada, ya que con esa salida pude volver a ser importante para alguien. La nación estaba como la dejé. En Ecuador fui parte de los Latin, pero con esto de mi viaje había perdido las esperanzas de volver a tener a mis hermanitos.

Se escuchaba que acá en España la nación estaba creciendo y que querían hacer cosas, pero sinceramente no creía que fuera así. Estaba convencido que eran jóvenes que utilizaron el nombre de los Latin para reunirse, por lámpara o algo así. Pero estaban ahí, eran mis hermanitos y hermanitas. Me acogieron, me dieron una identidad, me

ayudaron a ser alguien, me hicieron pertenecer a una familia. Nosotros nos cuidamos entre todos, nuestro lema es proteger al más débil, al más pequeño, ayudar en nuestro camino diario de lucha a que los demás encuentren su centro, su familia, es lo único que hay en el mundo, porque esto es universal, somos una gran familia.

Mientras Jota pierde su mirada en la nostalgia, se acomoda la gorra y con voz entrecortada dice: *pese a que hoy ya no soy un ente activo de la nación, soy un Latin de corazón, apoyo sus acciones, su lucha, ayudo en todo lo que puedo y sobre todo lucho con mis hermanos por hacer posible que la nación crezca y sea una organización legal así como en Barcelona.*

La juventud que viene de otros países se siente rechazada aquí. No hay integración porque no se nos incluye, se nos aparta, y además está eso que tanto se habla de la diferencia de las culturas, el desarraigo, la pérdida de un espacio donde sentirse parte de algo. Es ahí donde nos abre la puerta la nación, nos sentimos seguros en una familia que nos respeta y que nos quiere. Eso es la nación, una gran familia. Espero que la gente no nos rechace, ya que somos un grupo de personas que estamos organizados, que queremos ser parte de esta Babel con nuestros gustos y con nuestras propias costumbres.

Nos despedimos. Jota mira hacia el sur, como recordando su calle, esa pequeña cuadra en Solanda donde aprendió que el es un hermano en una familia sin fronteras, sin espacios, sin nada que corte su libertad. Con sus ideas a cuesta, al caminar por esta ciudad, Jota se marcha, a unos pocos metros se encuentra con dos jóvenes que lo saludan efusivamente. Hacen gestos con las manos, no puedo evitar mirarlos con detenimiento.

Sus manos extendidas se transforman en coronas, parece que sus dedos son los que asignan el poder de la nación, de esa fuerza equivocada o no, pero que está entre ellos, entre nosotros. Se abrazan y se mezclan en el gentío de la Gran Vía, se confunden entre ruidos, colores, entre esas obras que hacen que de vez en cuando la gente cambie de rumbo.